



*la poesia mancha*



# CARTAGINESIA



Belina Fernández

# CARTAGINESIA

*la poesía mancha*



Primera edición: agosto de 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Belina Fernández

ISBN: 978-84-124053-4-7

ISBN digital: 97884-124053-5-4

La poesía mancha

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[info@lapoesiamacha.com](mailto:info@lapoesiamacha.com)

[www.lapoesiamancha.com](http://www.lapoesiamancha.com)

Impreso en España

*A mi «Bolita», que me hizo ver que no solo hay que caminar  
por los sueños, hace falta sentarse a escribirlos*



Es evidente que existen otros mundos,  
pero están en el nuestro.

SALVADOR DALÍ



## PRÓLOGO

Despertar en tantas ciudades diferentes, soñando que una son todas y ninguna, como esos rostros que se mezclan en la memoria (delicada y por momentos dolorosa) que poseen las yemas de los dedos.

Despertar y que el paisaje no se repita casi nunca, y cuando se repite, doblarlo en cuatro para que quepa en el fondo de la maleta pequeña, junto con la colección de sombreros y los pensamientos que volverán, como las golondrinas del poema, aunque acaso menos oscuros.

Hacer de cada pequeña (o gran) pena la bisabuela de la próxima sonrisa, hacerla música, brindis o poesía.

Cantar la lágrima sin que se convierta en la coartada para tenernos lástima o lastimar al otro.

Bajar las escaleras hacia arriba, dejando atrás los pasos de menos que no dimos; no existen los pasos de más, pero tampoco dejan huella.

Todo eso es lo que hace en estos poemas Belina Fernández.

Viajera porque debe detestar que se repitan los febreros, y porque gira el planeta y no hay que dejar que nos gane esta carrera sin prisas ni zancadillas, pero carrera al fin. La meta, al fin y al cabo, es siempre el horizonte.

La música es otra clave evidente y sin secretos. Belina sabe que las partituras no son mapas, si acaso fórmulas mágicas para ejercer una alquimia de notas que se espejan con la vida por aquello de los ecos que no suenan a vacío.

Conducir la nostalgia como la primera bicicleta sin ruedines, sabiendo que caer no es accidente sino un derecho.

Ella, que ha vivido tanto en tantas ciudades y padece felizmente de la fiebre del errante, lleva su violín, ligero instrumento interminable, a todas partes, protegido por un estuche que también le sirve de escudo ante la indiferencia de los ciegos que no quieren oír y viceversa.

Imagino que lo tumba en su cama como al único amor que nunca pedirá contratos, probablemente porque lo firman cada día al despertar.

Lo acuna y le cuenta poemas como estos, le habla del mínimo infinito silencio que transcurre entre el final de la pieza y la posibilidad del aplauso, esa fracción de segundo en la que todo es duda y certeza al mismo tiempo. Algo así como el silencio antes del rayo cuando ya has visto el fulgor del relámpago.

Cartaginesia no es un libro de viajes, porque nadie nadie, pide el mismo deseo frente de la Fontana de Trevi o calibra con idéntica sensibilidad el Sol de México.

Corrijo: sí es un libro de poemas de viajes, los que la autora ha realizado y los muchos que le quedan, por dentro de sí misma.

Las ciudades se mencionan o se intuyen en el perfume de las palabras: no es lo mismo un breve desamor en Viena que un fugaz romance en París. No es lo mismo, pero

nosotros sí lo somos, los mismos, el único equipaje que nunca llegamos a perder por más que lo intentemos.

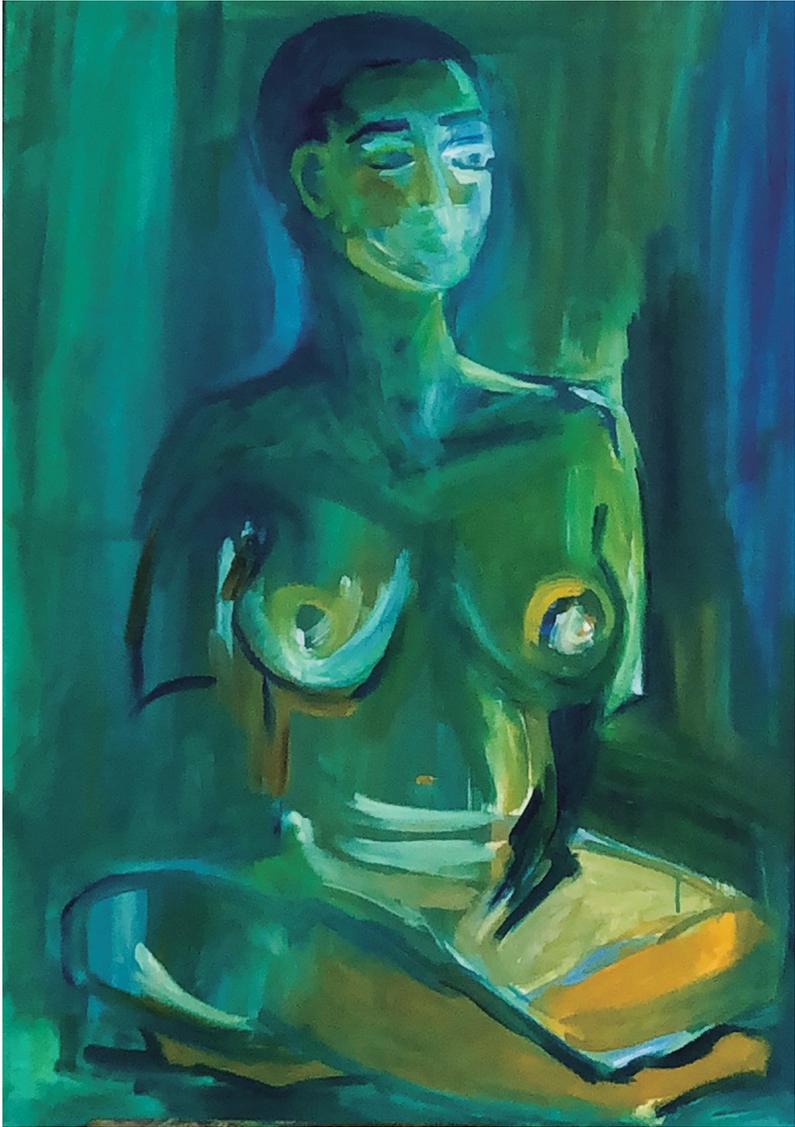
Y en el fondo, o al costado de la imagen, en la comisura del recuerdo, siempre está Granada, que yo sepa una ciudad sin puerto, pero es puerto para Belina Fernández, hasta que las plantas de los pies pidan camino y la poesía el combustible de ventanas a estrenar con la palabra.

No existe el libro de poemas inocente. Si es bueno siempre te hace un buen daño, te regala algo más que una frase ocurrente, un verso en el que mirarnos.

Un buen libro de poemas te cambia un poco y a veces demasiado.

No debería caer en la falta de elegancia de citarme a mí mismo y menos en el esbozo del prólogo de un libro tan rico en matices como este, pero lo haré, claro. En alguna novela dejé escrito que «caparazón no es algo que se lleve por fuera, sino que se cierra por dentro» y nos encierra. Estos poemas son, tanto para la autora, como para quienes leemos, todo lo contrario de un caparazón.

CARLOS SALEM



## CARTAGINESIA

Aunque no me creas  
esta condena de prófuga del hambre  
me ha de llevar a Cartago sin señales  
y el no tenerte duele doble  
(esta nostalgia viaja conmigo  
por primera vez).

Me robarán el corazón en el camino  
(lo atesorará un pirata en su botín)  
pero allá donde voy, no me hará falta.

Donde quiera que me encuentre  
ensancharé la utopía de negociar la batalla  
o volveré con ella a costas  
confrontando las negativas que bailen con mi destino.

Y pese a todo seguiré en pie y como buen cartaginés  
exploraré el Mediterráneo para comprar o vender algo  
(o acaso nada)  
y de nuevo emprender el camino a ninguna parte.

Porque una vez que me haya ido  
ya no reconocerás mis pasos.

Y tendrán que venir otros a contarlos.

## OLVIDO

A veces nos echo de menos  
mientras apuro un sorbo en el jardín.

Creo recordar tu ceño fruncido  
mientras trazabas cometas de hielo  
y fotografiábamos pueblos en extinción.

Yo quería jugar con balones pinchados  
tú hacías de Cortázar por las calles de París  
reconstruíamos bibliotecas cerradas  
y llenábamos las estanterías con trofeos  
que otros ganaron por nosotros.

Hoy te imagino agotando cigarrillos  
preguntándote  
(mientras dos palmeras separan sus copas  
para darle voz al viento)  
quién piensa menos en quién  
y arrugando las horas en busca de nombres  
que borren el mío.

Pero si no lo logras, tampoco es importante.

Tú me olvidarás antes  
porque yo siempre recuerdo  
a los protagonistas de los libros  
que nunca se escribieron.

## NOCHE FURTIVA

Espera a que el último hielo  
se consuma  
y el fuego secreto evapore  
nuestras dudas  
y arrebate  
mis ganas de dormir.

Reserva esta noche  
(resguárdala de tus ideas)  
para que entre cócteles y música de baile  
amanezca el tigre  
sediento de carne  
con tu lengua entre sus dientes.

## LLUVIA EN LA CIUDAD

Camino bajo la lluvia aburguesada  
esa que pide la cuenta del café  
y deja un leve olor a octubre  
a un paso de su mañana de viernes.

Los cristales de las calles  
se despiertan empañados  
y me sirven de húmedo lienzo  
para escribir tu nombre sin temerte.

La tormenta gris y serena  
ajena a su propio lamento  
hace que las miradas perdidas  
se ahoguen en la ironía  
bajo los gélidos portales de esta ciudad  
huérfana de ti  
harta de mis manías.

Escaparates grises increpan  
a las sombrillas de colores  
y mientras estas juegan al esgrima

pretendo no dejar de sentirme nueva  
en este mundo de certezas y piel curtida.

La lluvia bautiza la ciudad recién nacida  
y yo muero en cada lágrima gris  
que ella derrama.